

“La secularización al interior de la Iglesia. Hacia una conversión misionera y pastoral”

Miguel Rodríguez González

Responsable del Camino Neocatecumenal en Sevilla

El término “secularización” es ambivalente. Tiene su origen a mediados del siglo pasado, aunque los inicios del proceso hundan sus raíces en el cambio que supuso el paso de una sociedad teocéntrica a una antropocéntrica, allá por el Renacimiento, creciendo con el racionalismo y teniendo su precedente inmediato en la Ilustración. Pero es a finales del XIX y primera mitad del XX cuando el fenómeno se hace universal.

Decimos que es ambivalente porque ciertamente en su expresión más radical es una forma de ateísmo y hoy de ateísmo militante. Pero también tiene su lado positivo en cuanto que obliga a la Iglesia a despojarse de adherencias y expresiones religiosas, muchas veces ajenas, que oscurecen su esencia y obstaculizan su misión. En este sentido es una oportunidad para la evangelización, porque la obliga a mirarse a sí misma y retomar sus orígenes.

Hay unos signos de la secularización en la sociedad y en la Iglesia.

A) En la sociedad:

- a) Ha supuesto el fin de la cristiandad. Hoy todas las naciones europeas y casi todas las occidentales tienen estados aconfesionales o laicos. Como sociedad ha dejado de ser cristiana. Y aunque en algunas naciones permanezcan sectores cristianos, aunque sean mayoritarios, como es nuestro caso, eso no se traduce en las leyes. El porcentaje de los que asisten a misa, aún bautizan a sus hijos, se casan por la Iglesia, o celebran exequias, disminuye rápidamente. En España no llega al 50% los que bautizan a sus hijos. Se pueden ver las estadísticas.
- b) Los signos cristianos no les dice nada al hombre de hoy en relación con su vida, que se desarrolla en el día a día como si Dios no existiera. Los signos y vestigios históricos se miran con ojos arqueológicos, como algo del pasado. En muchas naciones del norte y centro de Europa muchas iglesias se desacralizan y venden para convertirlas en edificios con usos civiles.

- c) Las iniciativas culturales han dejado de ser cristianas, aunque se mantengan algunas como residuales. Las que se mantienen, no tienen apenas repercusión social porque los medios de comunicación se venden a la cultura dominante. La cultura dominante en Europa, y desde luego en España, o no es cristiana o es abiertamente anticristiana. Hemos perdido en Europa la batalla cultural, como dice el Papa Francisco.
- d) La moral, la ética cristiana, los valores derivados de ellas, no impregnan ya la vida de nuestra sociedad, aunque sea mayoritariamente bautizada. Instituciones como la familia, los colegios, los hospitales, y desde luego las instituciones del Estado, se han alejado de estos valores. La ideología de género es la nueva ética que se impone desde los poderes públicos y los medios de comunicación. Esta ideología es anticristiana.
- e) El laicismo y el laicismo militante inspira las relaciones sociales en las que se implica la Iglesia o se hace referencia a ella. Hemos pasado del Estado aconfesional a un ambiente laicista y antiteísta. La Iglesia y todo lo religioso es retrógrado y oscurantista, signo de una etapa histórica superada. El ataque a sus instituciones es aceptado socialmente, aunque sea irracional. La tergiversación y la lectura falseada de la historia ha creado un ambiente dispuesto a acogerlo.
- f) La Iglesia hoy para los Estados es una confesión más entre las que existen, aunque la existencia del Estado Vaticano les obligue a mantener unas relaciones favorables. Pero no será una situación sostenible a largo plazo. La tendencia es que vamos aceleradamente a una Iglesia-resto en medio de una sociedad apóstata y pagana, y a no muy largo plazo, perseguida.

B) En la Iglesia:

A mediados del siglo pasado la Iglesia, con el espíritu profético que Dios dio a Juan XXIII, se miró a sí misma y miró al mundo y concluyó:

“La Iglesia asiste en nuestros días a una grave crisis de la humanidad, que traerá consigo profundas mutaciones. Un orden nuevo se está gestando, y la Iglesia tiene ante sí misiones inmensas, como en las épocas más trágicas de la historia. Porque lo que se exige hoy de la Iglesia es que infunda en las venas de la humanidad actual la virtud perenne, vital y divina del Evangelio. La humanidad alardea de sus recientes conquistas en el campo científico y técnico, pero sufre también las consecuencias de un orden temporal que algunos han querido organizar prescindiendo de Dios. Por esto, el progreso espiritual del hombre contemporáneo no ha seguido los pasos del progreso material. De aquí surgen la indiferencia por los bienes inmortales, el afán desordenado por los placeres de la tierra, que el progreso técnico pone con tanta facilidad al alcance de todos, y, por último, un hecho completamente nuevo y desconcertante, cual es la existencia de un ateísmo militante, que ha invadido ya a muchos pueblos.”

(Bula *Humanae salutis*, 25 de diciembre de 1961. Juan XXIII)

Así comienza la bula de convocatoria del Concilio Vaticano II, que es respuesta de la Iglesia a esta realidad que hoy estamos viviendo y que Juan XXIII vislumbró en el horizonte de la historia. ¿Cuáles a grandes rasgos eran los signos de la secularización en el interior de la Iglesia? Me refiero al pueblo cristiano:

- a) Cuando viene el Concilio, el hombre de iglesia vive una situación en la que los signos litúrgicos le dicen cada vez menos. No entiende el lenguaje y se imbuye

de devociones ajenas a su vida, no sabe cómo manejarse frente a la realidad. Asiste a los cultos que se realizan y en los que él no participa más que con su presencia.

El Concilio responde renovando la Liturgia, de manera que no sólo asistamos a las ceremonias que el sacerdote hace a Dios en el altar, sino que escuchemos la Palabra, nos impliquemos en la celebración y metamos allí nuestra vida porque esa celebración la hago yo también como parte de ese cuerpo que celebra.

- b) El Concilio coge al hombre de Iglesia con una falta de sentido cristiano en su vida. Hay una separación, un divorcio entre su religión y su vida porque no ha sido suficientemente catequizado, ha vivido el cristianismo como devoción, como religión natural, como un recurso frente a los sufrimientos o al miedo o para el más allá. Pero sin que tenga implicación en su vida diaria de familia, trabajo o negocio.

El Concilio responde renovando la teología y poniendo en el centro de la espiritualidad, de la liturgia, de la teología y de la Iglesia, el Misterio Pascual. No define ningún dogma y habla de catecumenado y de pastoral de evangelización.

- c) Cuando viene el Concilio nos encontramos en la Iglesia con una crisis de fe. No aparecen los signos de la fe. Se confunde la fe con las creencias o la adhesión a verdades. No se sabe muy bien qué es ser cristiano. Como toda la sociedad es cristiana, ser cristiano es rezar, ir a misa, sacrificarse, ayudar a los demás, etc. Pero todo eso lo hacen también en otras religiones y no son cristianos. Los signos de fe son el amor y la unidad: los cristianos se aman y son uno. Pero el cristianismo está dividido.

El Concilio responde a esta división y falta de signos declarándose ecuménico, porque la falta de unidad es un escándalo para los no cristianos. Y declara a la Iglesia como Luz del mundo. A la que el mundo debe mirar para encontrarse con Jesucristo.

Estas respuestas a grandes rasgos del Concilio se tradujeron en un cambio en la pastoral. Había que responder a los hombres de nuestro tiempo. Así, el hombre de iglesia, intentando llevar a Jesucristo a este hombre secularizado, práctico, que cree en la ciencia y en la técnica, que encuentra en la ciencia las seguridades que antes encontraba en la religión; que se explica el mundo a través de la ciencia y que va al psiquiatra cuando antes iba al confesor, se ha tecnificado también. Estudia psicología y dinámica de grupo.

Y cuando se da cuenta también él encuentra explicación y seguridades en la ciencia y en vez de catequizar es él el catequizado. No había detrás una experiencia de fe existencial en Jesucristo, ni había sido él mismo suficientemente catequizado.

De igual manera, intentando responder a otros hombres que creen lo que hay que hacer es actuar en el mundo para cambiar las estructuras opresoras e injustas, ha copiado sus técnicas y su organización, y cuando se ha dado cuenta el objetivo de su acción, ya no es llevar a Jesucristo a estos hombres, sino la acción social, porque las estructuras injustas es lo que hace sufrir al hombre.

La consecuencia es que se pierde la identidad cristiana y ya no se sabe qué es ser cristiano. Es el momento de las secularizaciones de sacerdotes, de la reducción de seminaristas y de las crisis de los órdenes religiosos. El fenómeno no es tan simple, pero no podemos alargarnos más.

Un último apunte.

La respuesta a la secularización la dio el Concilio: volver a los orígenes, a la pastoral de los Hechos de los Apóstoles. Esta pastoral tiene una diferencia fundamental con las adaptaciones pastorales que la Iglesia ha hecho necesariamente a lo largo de la historia: es Palabra de Dios.

Es la comunidad cristiana la que da al mundo pagano los signos de la fe. Entendiendo por fe, como la define san Pablo en la carta a los Hebréos: “La fe es la garantía de lo que se espera, la prueba de las realidades que no se ven” (Hb, 11, 1).

Esta comunidad da los signos de la fe: el amor y la unidad. “Que como yo os he amado así os améis también vosotros los unos a los otros, En esto reconocerán todos que sois discípulos míos” (Jn, 13,34-35). Y “Como tú Padre en mí y yo en ti, para que ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn.17,21)

Este amor es el que nos ha tenido Jesucristo crucificado muriendo por nosotros cuando hemos sido sus enemigos, es decir, cuando hemos pecado. Este amor no se inventa, ni es fruto de ninguna estrategia pastoral, ni depende de nuestras cualidades humanas ni de nuestra formación, sino que es fruto de la fe, es un don de Dios que la Iglesia da y sostiene con los sacramentos. Significa amar al otro cuando el otro no es amable, cuando se convierte en nuestro enemigo, cuando es un pecador: ladrón, mentiroso, estafador, violento...Esta forma de amar, que devuelve bien por mal, es la que hace que los no cristianos puedan reconocernos como discípulos de Jesucristo.

Y que podamos ser uno. Tener un mismo espíritu. Ser uno con Jesucristo, de manera que lo que nos separa y nos divide: la edad, la cultura, el sexo, el dinero, la formación..., queda integrado en la experiencia de un solo Espíritu porque hemos vivido la misma historia de salvación. Entonces el mundo reconocerá por nuestra vida que Jesucristo es el Hijo de Dios, el enviado del padre a todos los hombres. Crear esta comunidad que dé los signos de la fe en la parroquia es lo que pretende el Camino Neocatecumenal.